

## MAO: pragmatismo y revolución \*

A Isaac Deutscher se le conoce bien en Latinoamérica. Sus biografías sobre Trotsky y Stalin han sido ejemplo de historiografía marxista, lo mismo que sus análisis sobre la burocracia, el Kruschevismo, los conflictos de Polonia y Hungría de 1956-60, el judaísmo, etcétera. Recién ahora sale a la luz una pequeña obra suya sobre El Maoísmo y la Revolución Cultural China, tan sugestiva e interesante como las anteriores.

Sin embargo, es fácil comprender que en sólo 87 páginas resulta imposible alcanzar la profundidad y el extenso manejo bibliográfico de sus biografías anteriores. Antes que nada, su análisis crítico sobre el Maoísmo es una coherente descripción de los 50 años de existencia del pensamiento y la acción del líder chino.

Conocedor a fondo de la revolución rusa, presenta ahora el desenvolvimiento de la revolución china a través de su contraste histórico.

Mientras el socialismo en Rusia representa una vieja herencia y una participación activa dentro del movimiento socialista internacional, en China nace fun-

damentalmente de la revolución rusa y por ello adquiere la característica bolchevique.

Esta relación con Moscú, traerá consecuencias definitivas para el Maoísmo: Lenin y Stalin encarnados a la vez.

La influencia del primero se revelará en los años de formación, orientados a efectuar la revolución, a desconfiar del reformismo y de la burguesía, a preocuparse de los problemas agrarios pero organizar el partido —*sine qua non* de la revolución— sobre la base del movimiento obrero. Y aparecerá nuevamente 15 años después de haber tomado el poder, proclamando que la revolución permanente es el principio de su existencia, a diferencia del estado de ánimo reinante en la Unión Soviética de los años 30, en donde la “fatiga moral y política y una reacción contra el internacionalismo proletario se extendía a lo largo del país”.

El ascendiente estalinista se muestra en la conformación de un partido burocrático y monolítico, en “donde la infabilidad del jefe jamás ha sido impugnada seriamente”. (p. 52).

Pero también el estalinismo interviene, por contraparte, en la

concepción Maoista de la revolución. Cuando la *Comintern* stalinista apoya la política del *socialismo en un solo país* y busca alianzas con las burguesías nacionales, al partido comunista chino se le ordena ingresar al Kuomintang. Mao por vez primera disiente y comienza a trabajar en el campo, recelando de la burguesía china. Después, frente al ultrazquierdismo de la *Comintern* destinado a ocultar sus anteriores claudicaciones, bajo la consigna de preparar la inminente insurrección obrera, Mao acrecienta su actividad en las “bases rojas” rurales, contraviniendo incluso el esquema leninista: “nunca antes la doctrina socialista había concebido semejante cuadro: la revolución del campo a la ciudad”. (p. 25).

El éxito de la concepción Maoista —que no tendrá segundas versiones fuera de China—, refleja en parte sus análisis sobre la realidad en que vive y que tanto subrayan los actuales historiadores chinos, pero es claro que también obedece a factores imponderables que estos historiadores y discípulos extranjeros, pasan por alto. El fracaso de las huelgas obreras de los años 30 que viene a comprobar la tesis campesina de Mao, ¿hasta qué punto se debe al olvido en que el propio P. C. tiene ya para entonces a los obreros?, ¿y en qué medida la invasión japonesa, al debilitar a la burguesía china aminorar la represión en el campo, que tanto daño causa a la revolución?

Mao aprovecha toda esa gama de circunstancias favorables para tomar el poder a nombre del proletariado... En Rusia también se da esta paradoja: “la clase obrera que no pudo ser más conspicua como fuerza impulsora de la revolución de 1917, recibió los terribles golpes de la guerra civil y la ruina económica que vinieron a reducirla y a dispersarla. Entonces se presentó el partido bolchevique como su *sustituto*. El Maoísmo asume este papel mucho antes de la revolución y durante la misma.

El fenómeno de una revolución moderna, socialista y cuya fuerza principal no sea la clase obrera, sino los campesinos, y éstos sin aspirar a trascender la revolución democrática-burguesa, no tiene precedentes en la historia. Al llevar la revolución más allá de la fase burguesa, el Maoísmo no estaba movido tan sólo por compromisos ideológicos, sino también por el interés de convertir a China en una nación integrada y moderna (p. 41).

Finalmente extrae dos conclusiones sobre su estudio: considera Deutscher impropio valorar el debate chino-soviético como desventura para las posiciones de izquierda. Por el contrario, significa nada menos que el reencuentro con lo mejor de la tradición socialista, desarrollado en el centro de la polémica. Lo que ha sucedido es que la experiencia estaliniana al suprimir el debate y la crítica, convirtió al marxismo en apologetica y dogma, y consecuen-

\* Isaac Deutscher, EL MAOÍSMO Y LA REVOLUCIÓN CULTURAL CHINA. Era (serie popular N° 9). México, 1971, 87 pp.

temente, a los ojos de las personas en ella educadas, el debate aparece como algo heterodoxo y condenable.

No distingue sin embargo nuestro autor el punto en que la controversia desemboca en ruptura, ni el momento en que en vez de reflejar una necesidad en la construcción del socialismo, sirve solamente a los intereses particulares de los grupos dirigentes de China o la Unión Soviética.

Para Deutscher la revolución cultural China no merece dichos calificativos. No es revolución porque es una lucha unilateral del grupo Maoista contra sus oponentes en el gobierno, a los que les impide cualquier forma de expresión y debate. Menos puede considerarse cultural en el sentido que rechaza la tradición cultural de occidente en bloque . . . ¡En nombre del marxismo! Aquí tal vez —pensamos nosotros—, su juicio fue (1964-66) un tanto apresurado. Por lo menos en cuanto ha sido la primera y única expresión del movimiento estudiantil-juvenil favorecido por los poderes constituidos.

Ello no significa, continúa Deutscher, que la burocracia del partido y del gobierno no haya sido atacada por el movimiento desencadenado, sino que a pesar de haberlo hecho, no se llegó al fondo del problema, ni se transformó al partido de viejo corte estalinista en otro realmente de-

mocrático: en lugar de ello, fue sustituido por el ejército.

La inquietud de Deutscher sobre el grado de confiabilidad del internacionalismo maoista, se produce al analizar la manera en que dos fenómenos internacionales influyen sobre la actual política china: la oleada revolucionaria del tercer mundo y la presión imperialista sobre ambas. De esa manera la política maoista lejos de haber estructurado un programa coherente, se ha convertido en una mera reacción circunstancial. Aquí otra vez Mao hace gala de su capacidad de marxista pragmático consumado. Dentro de esa perspectiva incluye a la revolución cultural que tiende a exaltar los sentimientos nacionalistas en espera de un posible ataque estadounidense.

El futuro lo deja encerrado alrededor de varias interrogantes que a partir de la próxima entrevista Nixon-Mao, adquieren notoria relevancia: “¿cómo reaccionará el Maoísmo frente al aislamiento respecto a la URSS, si éste se profundiza y acentúa?, ¿cómo será afectado por una estabilización relativa de los regímenes de la burguesía nacional en la mayoría de las naciones del tercer mundo? Y si algunas potencias occidentales tratasen de apoyar a China contra la URSS, en vez de apoyar a ésta contra aquella, ¿no sucumbirá Pekín a la tentación? . . .” (p. 55). FRANCISCO A. GÓMEZ-JARA.